

## DESDE TAIWAN

POR

JESÚS LÓPEZ MEDEL

No es fácil resumir, en unas cuartillas, las vivencias de una estancia breve —la Semana Santa— en la Isla de Formosa. Taiwán. China no comunista, para entendernos. Lejana en la distancia de España. Exótica, bella. No ha sido un viaje turístico, o de placer. Sí ha habido mucho de compartir esos días señalados con una parte de los misioneros españoles —dominicos y dominicas— especialmente, que están allí, en pie. Algunos, como el P. Marcelino Delgado, el P. Montero o el P. de la Cruz desde los años 1934 o 1936.

El desplazamiento estaba motivado, singularmente, por la circunstancia de querer conocer a la M. María Gloria de Dios, priora del monasterio «Madre de Dios», de Kaohsiung, novicia que fue de «sor Teresita del Niño Jesús», en el Madre de Dios de Olmedo —años 1952-54—, cuya biografía hicimos por encargo de las M.M. Dominicas del Monasterio «Nuestra Señora del Rosario de Daroca» (Zaragoza). Obra que motivó —entre otros factores— la iniciación de su Proceso de Canonización, actualmente en Roma. El testimonio escrito de M. Gloria estaba incorporado en la obra, pero no la conocíamos. Y pareció conveniente vivir esos días junto a aquel monasterio del lejano —lejanísimo— Oriente. Para percibir así el espíritu, el alma, la vida monacal y contemplativa de las cerca de treinta religiosas dominicas, en las que se vislumbra aún el rico sentido misionero de sor Teresita, con el aporte de M. Teresa Ortega en las fundaciones del «Madre de Dios», por todo el mundo.

Aparte de las glosas y conversaciones acerca de «Vivir con amor en la verdad», para mí, el impacto espiritual más fuerte fue

percibir que, dentro de ese mundo chino, que ciertamente no tiene parecido con el occidental, hay una viabilidad ecuménica cristiana. Hay un desarrollismo natural, no tecnocrático, de Taiwán: el país de mayor reserva de divisas, se trabaja hasta las diez o las once de la noche; se exporta mucho, apenas se importa; con una capacidad de imaginación o de «imitación» impresionantes; con muchos niños; con un sentido trascendente —en reencarnación de la vida— de las obras y del hacer el bien; con una limpieza de costumbres —y de programas televisivos—, aunque sí mucha polución y motos; con 10.000 dólares de renta per cápita; con un sentido de gratitud hacia su héroe y defensor del anticomunismo en Asia, Chían Kai-Shek, cuyo monumento de varias hectáreas, en Taipe, sirve de fermento educativo y de ejemplaridad para el pueblo taiwanés...

Todo eso —sumado al idioma, costumbres, «letreros», grafoloía, geografía— puede hacerse difícil a una penetración cristiana o apostólica. Pero lo significativo es que las misiones de dominicos y de dominicas visitadas, y especialmente el «Madre de Dios» de Kaohsiung, constituyen reservas y avanzadillas de nuestra fe. A raudales. De la comunidad de religiosas dominicas, unas veintuna son chinas (alguna anda por Olmedo, y otra estará pronto en el «Madre de Dios» de Angola). Pero qué hermoso oír las preguntar por «sor Teresita» y, sobre todo, verlas rezar y cantar. Qué alegría interior. No me extraña que el señor obispo Paul Shan, jesuita, con quien conversamos largamente, quisiera pasar con ellas la Semana Santa. O que constituya un centro de espiritualidad en Taiwán, al que acuden religiosos y religiosas de otras comunidades cristianas, como reducto de vida contemplativa, e incluso de otras religiones o agnósticos, para encomendar sus problemas y suplicar una oración.

Ocorre aquí que el mensaje misionero que sor Teresita Pérez Iriarte y M. Teresa Ortega tuvieron —en estilos diferentes— se vuelve un poco, o se manifiesta, en la sociedad de nuestro tiempo, como una «transfusión de sangre» para nosotros, los «cristianos cómodos» o «viejos» del mundo occidental. En el que la fe apenas se valora. Y es verdad que se vuelve de allí aprendiendo, como

una ejercitación espiritual, nueva, superadora. Como un mazazo para nuestra inercia. Por el «hombre nuevo» que los chinos —convertidos— muestran palpablemente. Cuento una anécdota:

Habíamos llevado una imagen de Santo Domingo de Guzmán que las religiosas de Olmedo nos habían encomendado. Y por nuestra parte, además de unas pequeñas estatuillas, capillas o mantos traídos de Zaragoza, una imagen de la Virgen del Pilar de medio tamaño. ¡Qué alboroto se armó en el locutorio! (El cristianismo, allí, tiene que mostrarse en expresiones vivas, pues son signos, y no palabras, ni sílabas, lo que expresa su forma de comunicabilidad. Como un jeroglífico impresionante, en las manifestaciones externas, o del lenguaje. Se entonan los himnos a Santo Domingo. Y el de la Virgen del Pilar... cantado por todas las voces —hay solamente dos aragonesas, M. María Gloria, priora, y sor Encarnación—, mayoritariamente las chinas. Y ¡qué bien lo hicieron! Me parecía estar en el Pilar de Zaragoza un 2 de enero. Luego, en la iglesia, se daría lectura a un texto de entronización de la Virgen del Pilar, compuesto por el sacerdote aragonés Mosén Jesús L. Bello, previa la bendición de las imágenes por el P. José Legido, salmantino (La revista *El Pilar* les llega como comunicación prioritaria de España).

Hay en Taiwán el reconocimiento del valor de la educación, que subyace en la filosofía ética de Confucio, como resorte de rearme moral y de progreso. Visitamos un gran colegio de dominicos chinos, ya «independientes» de la provincia española. Y otro colegio de ursulinas. Un sistema educativo coherente, y con un respeto y atención por las familias y de la sociedad (en Hong-Kong, conocíamos el de dominicos, para unos 8.000 alumnos).

Pese a la industrialización y al desarrollismo, me hace pensar que este gran pueblo de Taiwán mantiene las raíces de lo familiar, muy arraigadas. Esto no es obstáculo para potenciar —por la educación, también— su propia identidad nacional, y el respeto a las demás creencias. No me extraña que, pese a las distancias y experiencias duras, vividas por algunos de estos misioneros —el P. Ceferino de la Cruz ha escrito un precioso libro, editado en inglés y castellano, *Mis días de prisión en la China comunista*—,

gran parte de ellos quieran permanecer allí hasta el final de sus días. Junto a los más jóvenes, valientes, abiertos, alegres (P.P. Juan José, José Ignacio, etc.).

Si uno tiene ocasión de conocer a algunos chinos «convertidos» —como Magdalena, un ángel que nos fue puesto por las dominicas de Kaohsiung, como guía y experta—, o Clara, por dominicos chinos en Taipei, resulta hermoso percibir un poco, o entre adivinar, lo que serían los «primeros cristianos» por su generosidad, la lozanía de su hermandad como hijos de Dios, lo hermoso de su entrega, de su hacer el bien con naturalidad, como en puntillas, reverencialmente.

Hemos vuelto de un Taiwán —feliz, pujante y trabajador— admirando y conociendo las raíces de su gran futuro. En lo material y en lo espiritual: porque, al fin y al cabo, la fortaleza de su fe, aunque en minoría, les hace pensar en lo hermoso de ese trasplante fecundo, del mensaje evangélico que nace en la tierra de Jesús y que proyecta en el Lejano Oriente, allá en la China —en la continental, parece que la firmeza de sus misioneros y la oración están facilitando el final de la persecución—, y en la nacionalista, en Taiwán, que fue la última fortaleza anticomunista, y que sigue siendo vigía y reserva en avanzadilla ético-moral y cristiana. El «Madre de Dios», de Kaohsiung-Taliao, nos ha dejado esa huella y esa esperanza.